ARO
EL GUERRERO LOBO

AUGUSTO RODRÍGUEZ DE LA RÚA

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: *Aro, el guerrero lobo*
Autores: © Augusto Rodríguez de la Rúa

Copyright de la presente edición © 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: produccioneditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Edición impresa: 978-84-9967-704-0
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-705-7
ISBN Digital: 978-84-9967-706-4
Fecha de publicación: Abril 2015

Impreso en España
Imprime: Podiprint
Depósito legal: M-8657-2015

A Nieves, por su lucha, por ser valiente y seguir luchando.
A Sofía, mi pequeña guerrera vaccea.

ÍNDICE

Mapa península ibérica 11
Capítulo I 13
Capítulo II 33
Capítulo III 69
Capítulo IV 91
Capítulo V 97
Capítulo VI 107
Capítulo VII 111
Capítulo VIII 135
Capítulo IX 145
Capítulo X 157
Capítulo XI 161
Capítulo XII 175
Capítulo XIII 201
Capítulo XIV 219
Capítulo XV 225

Capítulo XVI 229
Capítulo XVII 231
Capítulo XVIII 237
Capítulo XIX 245
Capítulo XX 251
Capítulo XXI 261
Epílogo. Este del territorio vacceo 269
Nota del autor 275
Glosario 279
Índice de personajes 293
Bibliografía 297
Agradecimientos 301


GALAICOS
ASTURES
CANTABROS
VARDULOS
VASCONES
TURMÓDIGOS
BERONES
AUTRIGONES
CARISTIOS
LACETANOS
ILERCAVONES
INDIKETES
Emporion
PELENDONES
LUSONES
Iberus
VACCEOS
AREVACOS
Numantia
Albocela
Durius
TITOS
BELOS
ILERCETAS
LACETANOS
Tarraco
LUSITANOS
VETTONES
CARPETANOS
ILERGAVONES
Toletum
Tagus
EDETANOS
Sucro
Anas
ORETANOS
CÉLTICOS
TURDULOS
CONTESTANOS
Tader
Baetis
Qart Hadasht/Cartago Nova
CONIOS
TURDETANOS
BASTETANOS
Gades
E . 1 : 4.800.000
0
75
150 km

I

Albocela, verano de 210 a. C.

Aro resopló y se pasó el brazo por la frente para enjugarse el sudor. Por fin habían terminado con la descarga y el recuento de su cosecha de trigo, recogida ahora en uno de los almacenes de grano de la ciudad. Poniendo los brazos en jarras, miró con satisfacción los sacos de grano apilados junto a la pared. Buntalo, su padre, su hermano Docio y él habían trabajado duramente durante varias horas junto a los hombres libres y los siervos que faenaban en sus campos para depositar allí la cosecha de trigo; el hermano menor de Aro, aunque sólo tenía catorce años, era casi tan alto y corpulento como él, y solía ser el encargado de llevar el ganado de la familia a los pastos; su largo cabello rubio recordaba al de su padre en su juventud, y su rostro redondeado lo había heredado de su madre. Sonreía a menudo y sus ojos azules siempre brillaban con alegría. El recuento y almacenaje del grano les había llevado gran parte de aquella calurosa tarde de verano. La familia de Buntalo era una de las más importantes de Albocela, y tanto Buntalo como Aro tenían a su servicio, además de los siervos, a varios hombres libres ligados a ellos por *devotio*. Los tres hombres se miraron y sonrieron complacidos. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, aquel verano la colecta de trigo y cebada había sido abundante; hacía ya varios años que la tierra no se mostraba tan generosa, pero esta vez la cosecha era rica.

—¡Ya hemos terminado! –exclamó Aro sonriente, pasando la mano por sus cabellos leonados, empapados de sudor–. Esta vez hemos recogido una buena cosecha; los almacenes de grano están casi llenos, y aún llegará más trigo y cebada de las granjas de los alrededores. Es posible que incluso

tengamos problemas para almacenarlo todo por primera vez en muchos veranos…

—Es cierto –convino Buntalo, apoyándose cansado en la fresca pared de adobe del almacén; sonrió a su hijo mayor–. Este año podremos olvidarnos del pan de bellota de una vez, y nuestras familias comerán de nuevo pan de trigo.

Sudorosos y fatigados pero satisfechos, contemplaron una vez más el cereal apilado en sacos que prácticamente llenaban la gran habitación. El próximo invierno no les traería hambre, por muy crudo que fuese; había suficientes suministros para alimentar a toda la ciudad. Sólo tenían que asegurarse de que el grano no se quemase o se mojase, ni ocurriese ningún otro accidente que echase a perder tan magnífica cosecha.

—Dentro de dos días –comentó Buntalo–, la asamblea repartirá el grano entre las familias de la ciudad, de acuerdo con las necesidades de cada una, como es costumbre, y con lo que sobre podremos comerciar con otros pueblos.

—Sí, iremos de nuevo a tratar con nuestros vecinos vettones y lusitanos –dijo Aro, riendo. Le alegraba la perspectiva de volver a viajar para comerciar–. Tú y yo, padre, volveremos a Numantia a vender nuestra lana y nuestro trigo a los arévacos. Traeremos regalos a nuestras familias, compraremos brazaletes, hebillas de cinturón, fíbulas y adornos para las mujeres, y también hierro para hacer espadas y lanzas nuevas… Incluso podremos elaborar cerveza de cebada otra vez, ya no tendremos que comprarles a los lusitanos esa horrible cerveza de bellota que tan magnífica encuentran.

—Espero que pronto todo pueda volver a ser como hace años –dijo Buntalo, y por un momento los ojos le brillaron con ira al recordar–, antes de que los cartagineses nos atacasen para quemar nuestros campos y matar a nuestros hijos.

—Sí, en aquellos tiempos todo era más feliz –admitió Aro con tristeza, bajando la mirada y recordando su infancia por un breve instante.

En ese momento, otros dos hombres detuvieron su carro a la puerta del almacén y comenzaron a descargar su trigo muy despacio, tras saludar con amabilidad a Buntalo y a su familia. Por su parte, como su labor allí ya había finalizado, Buntalo y sus dos hijos salieron del depósito de grano acompañados por sus hombres.

El día declinaba y el sol ya estaba bajo en el cielo, pero el viento soplaba del sur y aún hacía un calor abrasador. A pesar de ello, Aro recogió la túnica a cuadros verdes y amarillos que había dejado sobre el carro vacío y volvió a ponérsela; se despidió de su padre y su hermano hasta la cercana hora de la cena y se dirigió con calma hacia la sólida muralla fabricada con adobe y cantos rodados que rodeaba la ciudad. Deseaba estar solo durante un rato, antes de volver a casa a cenar con su familia. Albocela era una ciudad

fuertemente amurallada, situada en una posición estratégica de importancia, sobre una atalaya natural que dominaba el río Durius, el gran río que atravesaba el extenso y feraz territorio de los vacceos de este a oeste. Subió con agilidad al parapeto, se sentó sobre él y miró hacia el sur, con las piernas colgando hacia fuera. A sus pies, muy abajo, las aguas del Durius centelleaban en medio de la ancha y fértil llanura poblada de frondosos bosques de robles, encinas y hayas. Las hojas de los álamos se mecían con reflejos plateados junto a las orillas del río, que en su camino hacia el oeste describía una curva y se acercaba desde el sur a las barranqueras sobre las que se alzaba la ciudad, y justo a sus pies, volvía a girar de manera brusca hacia el oeste, en la dirección de Ocellodurum, a menos de una jornada a pie. Los vencejos y golondrinas volaban en bandadas describiendo veloces piruetas en el aire. Por encima de ellos, muy alta en el cielo azul, Aro distinguió la silueta de un águila que volaba en círculos en busca de una presa. Varias millas al sur, en el otro extremo del valle, se alzaban, de un color verde oscuro, las colinas pobladas de bosques de encinas y robles.

Aro miró durante unos instantes las brillantes aguas del río y su amplia vega, y su mente voló en el tiempo recordando las recientes palabras de su padre y los terribles sucesos de años lejanos, sucesos que recordaba vívidamente a menudo, y que a veces le hacían despertarse de repente en medio de la noche, empapado de sudor.

Todo había ocurrido diez años antes. Aro era todavía un niño, sus ojos no habían visto diez primaveras. Albocela era entonces una de las mayores y más importantes ciudades vacceas. Sus campos eran fértiles y las cosechas, abundantes; el ganado y los caballos eran numerosos, y el comercio con los arévacos, carpetanos, vettones e incluso con los temidos lusitanos, frecuente y próspero. Exceptuando los inevitables y acostumbrados enfrentamientos con los pueblos vecinos, la paz reinaba para los albocelenses.

Pero aquella tranquilidad no podía durar demasiado. Según le había explicado en aquel entonces su padre, los cartagineses, un poderoso pueblo de origen fenicio llegado de muy lejos, del sur, al otro lado del mar Interior, se habían establecido en las costas del sur y sudeste de Iberia, nombre que habían dado los fenicios a toda aquella tierra, donde fundaron varias ciudades; codiciando las ricas minas de los grandes valles del sur de Iberia, trataron de ampliar sus colonias, y no tardaron en enfrentarse a los pocos pueblos indígenas de aquella región que no quisieron aliarse con ellos. Pronto hicieron valer su poderío militar sobre los indígenas, conquistaron los vastos valles de los ríos Betis y Anas, y sometieron o se aliaron con los numerosos pueblos, a los que denominaron iberos de forma genérica; seguidamente avanzaron hacia el nordeste por la costa del mar Interior, apoyándose en las colonias fenicias y llegando hasta la desembocadura del río Iber, e incluso más al norte, a las tierras de los ilercavones e ilergetas y a los límites de la Galia. Fundaron

muchas y poderosas ciudades en la costa, como Barcino y Qart Hadasht, y se aliaron con los griegos de Akra Leuké. Sin embargo, más tarde tuvieron que pactar con los romanos, otro poderoso pueblo procedente de la lejana península italiana que temía que los cartagineses se expandiesen demasiado al norte, y estos tuvieron que mantenerse en la orilla derecha del Iber. Ambos habían librado una guerra antes incluso de que Buntalo naciese, en la que Roma había salido victoriosa, pero Cartago se había repuesto de la derrota y los romanos desconfiaban de sus viejos enemigos. En aquellos días, una parte de los vacceos se encontraba aún en migración, pues constituían un pueblo numeroso y una parte de ellos seguía buscando tierras donde vivir. Muchos vacceos avanzaron hacia el sur cruzando las montañas y penetrando en los territorios de los vettones y carpetanos, quienes a su vez se vieron empujados hacia el valle del Anas, pues los vacceos eran más numerosos y fuertes que ellos, amenazando con invadir a los pueblos que habitaban allí y que, alarmados, pidieron auxilio a sus nuevos y poderosos amigos los cartagineses.

Así, Aníbal Barca, un joven general cartaginés, hijo del poderoso Amílcar Barca, se puso en marcha contra los vacceos. Acababa de atacar a los olcades, un pueblo que habitaba en el territorio situado entre los cursos altos del Tagus y el Anas, arrasando Althia, su capital, y acto seguido avanzó con gran rapidez desde el valle del Anas hacia el norte, cruzó el valle del Tagus y los territorios de los vettones y arrasó la importante ciudad vaccea de Helmántica, al sur de Albocela. Encontró gran resistencia allí, pues incluso las mujeres de aquella ciudad combatieron con ferocidad a los cartagineses, pero al final los invasores vencieron y Aníbal Barca mandó quemar los campos después de llevarse la cosecha ya recolectada; sin embargo, en un gesto insólito en un general cartaginés, perdonó a los supervivientes. Después, como un relámpago, avanzó hacia el norte siguiendo el curso de los afluentes del Durius y llegó a Albocela. Aro respiró hondo al acordarse de aquel día aciago. Aún lo recordaba con claridad. Los cartagineses les atacaron al amanecer. Buntalo entró corriendo en su casa y los despertó a todos, aprestándolos para defender la ciudad. Aro era apenas un niño, pero ardía de impaciencia por entrar en combate después de saber cuál era el motivo de la agitación de Buntalo. Su padre le entregó una lanza, una espada y un escudo y ordenó a su esposa que esperase allí junto a sus hermanos Docio y Clutamo, los miró a los ojos durante unos largos momentos, sonrió y les deseó suerte. Después, el poderoso guerrero besó a Ategna y salió de la cabaña, armado de pies a cabeza. Aro recordaba que el pequeño Clutamo lo miró, abrazado por su madre, cuando él salió tras su padre. Docio, el más pequeño, deseaba pelear, pero acababa de cumplir cuatro veranos y Buntalo lo miró con una sonrisa, entre divertido y admirado. Fue un día terrible, largo y caluroso; los cartagineses y sus mercenarios combatían valerosamente, pero los albocelenses se defendieron con

uñas y dientes. Aro aún recordaba el reflejo del sol en las puntas de las largas lanzas y en los cascos de los soldados cartagineses, sus pieles bronceadas y su mirada fría y cruel, contrastando con la ira y el ardor de los vacceos. Como era habitual en aquellas ocasiones, las mujeres vacceas también combatieron al ver el extremo peligro en que se encontraban sus padres, esposos e hijos. Aro trató de seguir a su padre para defender las murallas, pero uno de los druidas lo obligó a seguirle y esperar el desenlace en el centro de la ciudad. El niño protestó e imploró con lágrimas de rabia en los ojos, pero la mirada severa de aquel hombre le dejó claro que no le permitiría ir a la lucha contra los cartagineses. Los vacceos lucharon hasta la desesperación, tratando de defender a sus familias, sus hogares y sus tierras, su orgullo y su forma de vida, pero los cartagineses eran muy numerosos y su ejército, a pesar de estar dirigido por un general de poco más de veinte años, estaba bien adiestrado. Al final tuvieron que rendirse a Aníbal, esperando la muerte, pero el comandante cartaginés se limitó a arrebatarles las armas y el grano cosechado, quemar sus campos, como ya había hecho en Helmántica, y llevarse doscientos hombres como mercenarios. Ese era otro de los objetivos de Aníbal: engrosar sus huestes con mercenarios vacceos. Buntalo había sido herido y los cartagineses, considerando que tal vez no sobreviviese, decidieron dejarlo en Albocela. Después, Aníbal se dio la vuelta y se volvió por donde había venido, seguido por sus soldados de mirada cruel. Los vacceos contemplaron asombrados desde la muralla las largas filas de hombres que se alejaban entre los árboles, entre los que marchaban doscientos de los suyos, preguntándose el porqué de aquel ataque. Sólo más tarde pudieron indignarse al conocer la razón: los pueblos del sur y los propios cartagineses se sentían amenazados por la expansión de los vacceos en aquella dirección. Aníbal había querido hacerles una demostración de fuerza y lo había conseguido… y había aprovechado la ocasión para llevarse un puñado de vacceos con los que aumentar su contingente guerrero. Aro recordó el humo negro elevándose en el cielo azul y las altas llamas rojas consumiendo los ricos campos alrededor de la ciudad. También recordó cómo habían llorado al colocar en los barrancos los cadáveres de los albocelenses caídos en la batalla, como era costumbre, para que los devorasen los buitres, transportasen sus almas junto a los dioses y descansasen tras su viaje al Más Allá. Clutamo, su hermano, era uno de aquellos cadáveres: una flecha cartaginesa le había alcanzado; no llegó a cumplir los siete años. Aro había llorado durante mucho tiempo abrazado al cuerpo ensangrentado y frío de su pequeño hermano muerto, con Docio aferrado a él, hasta que Buntalo los había obligado a marcharse de allí mientras era atendido de sus heridas; su madre había estado a punto de morir de pena.

Aro apretó los puños con rabia; los años siguientes fueron difíciles para Albocela y el joven creció en un ambiente duro y adverso: los campos

quemados apenas les proporcionaban sustento y hubo que dejarlos en barbecho para que se recuperasen, casi no tenían ganado, y aunque lo hubieran tenido, apenas quedaban pastos para alimentarlo; el hambre y las enfermedades se cebaron en su desgraciado pueblo, y la penuria fue grande. Incluso estuvieron a punto de abandonar aquel lugar, que parecía haber sido maldito por los dioses. Otras familias lo hicieron, abandonaron la desolada Albocela en busca de un lugar mejor donde comenzar una nueva vida. Pero Buntalo y su familia eran testarudos. Les fueron necesarios una gran fuerza de voluntad y un espíritu indomable para sobrevivir, para seguir adelante y no caer en la desesperación, para no tenderse en los lechos y dejarse morir...

Se volvió y miró hacia la ciudad. Albocela tenía forma ovalada, con su eje más largo paralelo a los barrancos que daban al río. La fuerte muralla de adobe y canto rodado rodeaba la ciudad, y muchas casas estaban adosadas a ella. Cada cierta distancia se alzaban torres cuadradas desde las que los guerreros vigilaban el exterior de la ciudad. Tres calles principales recorrían la ciudad de este a oeste, cortadas en perpendicular por varias vías más estrechas. Una de las calzadas más anchas se ensanchaba aún más hacia el centro de la ciudad, formando una plaza en la que se encontraba la gran cabaña que ejercía las veces de salón de reuniones. En la zona este de la ciudad, pegados a la muralla, se abrían varios espacios donde los albocelenses encerraban el ganado.

Volvió a mirar hacia el río y los bosques. El águila aún giraba muy alto por encima de los bulliciosos vencejos. De algunos puntos entre los árboles que cubrían la mayor parte de la llanura comenzaban a elevarse finos hilos de humo blanco, procedentes de las numerosas granjas cercanas, donde empezaba a prepararse la cena. El sol ya rozaba el horizonte, tiñendo los tesos y la muralla de un color amarillo rojizo, y Aro supuso que también en la cabaña familiar faltaría poco para que la cena estuviese lista; los demás estarían esperando. Sintiendo todavía una profunda amargura en su corazón, bajó de la muralla y se dirigió hacia allí. En ese momento, uno de los siervos de Buntalo llegó corriendo al pie de la muralla.

—Aro, ha llegado un par de viajeros desde Numantia —dijo el joven siervo respetuosamente—. Tu padre me ha enviado para anunciarte la visita. Esperan en su casa para cenar. Tu esposa está preparando la cena con Ategna.

—Bien, iré a casa de mi padre —repuso Aro, echando a andar—. Adelántate y anúnciales que voy para allá.

El siervo se dirigió hacia la cabaña de Buntalo corriendo y Aro lo siguió caminando despacio, tratando de liberarse del doloroso recuerdo. Algunos niños jugaban en las calles secas y polvorientas, corriendo y gritando mientras empuñaban espadas y pequeños escudos de madera; las chimeneas de las cabañas también comenzaban a expulsar delgadas columnas de humo y el aire cálido se impregnaba del delicioso olor de los guisos. Otros muchachos

se divertían persiguiendo a los perros callejeros, gritando y tratando de golpearlos con varas. Varios hombres y mujeres volvían, sucios y cansados, de sus faenas agrícolas o de encerrar su ganado en el recinto que le estaba destinado. Le saludaron alzando la mano y sonriendo al cruzarse con él. Aro les devolvió el saludo con cortesía.

Tendido junto a la puerta de la casa de su padre, *Lobo*, el enorme mastín gris de Buntalo, abrió un ojo; apenas se movió cuando el joven acarició con afecto su cabezota y palmeó su poderoso lomo. Aro sonrió observando al recio animal y saludó a una de las siervas de Ategna, que cocía pan en el pequeño horno construido en la pared de la cabaña, junto a la puerta. La muchacha le devolvió tímidamente el saludo y la sonrisa. Aro descorrió la cortina de pieles y entró. El ambiente era fresco dentro de la casa, en contraste con el aire caluroso del exterior. Se detuvo junto a la puerta hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. La estancia era amplia; en las paredes de adobe se alineaban varios estantes donde se almacenaban útiles de la casa pertenecientes a su madre, algunas herramientas y utensilios de labranza de su padre. En un rincón reposaban las armas de Buntalo: la lanza, la espada dentro de su vaina adornada, el escudo pintado con vistosos colores, y en algunos puntos pendían de las vigas de madera las cabezas de algunos enemigos vencidos por Buntalo en su aún no muy lejana juventud, ya que era costumbre cortar las cabezas de los enemigos importantes para colgarlas en las vigas de las cabañas y de los arneses de los caballos durante las batallas para atemorizar al enemigo. Buntalo y otros dos hombres, desconocidos para Aro, se habían puesto en pie cuando él había entrado. El mayor de ellos tenía el pelo entrecano, igual que Buntalo, pero su rostro era más redondeado que el de este, y era más grueso. El segundo era más joven, tal vez dos o tres años mayor que Aro, moreno, con ojos oscuros, un poblado bigote y de aspecto fornido. Ambos lucían torques de oro en el cuello y brazaletes del mismo metal en los brazos. Vestían ropas de buena calidad y vivos colores, aunque aún conservaban el polvo del camino. Sentados más atrás en el banco de piedra de la pared, Aro vio a otros dos hombres que no llevaban torques, sin duda servidores de los que se habían puesto en pie. Se acercó a Buntalo y a sus dos invitados.

—Este es Aro, mi hijo mayor —dijo Buntalo—, viajó a vuestra ciudad conmigo en un par de ocasiones, hace ya varios años, cuando era un niño. Aro, estos son mis amigos, Assalico y su hijo Clouto. Son arévacos, de Numantia; recordarás que nuestra familia tiene un pacto de hospitalidad con la suya. Gracias a él, podemos llevar nuestro ganado al territorio arévaco.

—Sí, claro que lo recuerdo —asintió Aro—, he visto muchas veces la tablilla de hospitalidad. Yo os saludo como a hombres libres. Sed bien venidos a Albocela y a nuestra casa. Es un honor para nosotros recibiros aquí. Creo que alguna vez jugué con Clouto por las largas calles de Numantia —dijo

con una sonrisa, recordando la tablilla de hospitalidad escrita en su propia lengua, pero con el alfabeto de alguno de los pueblos de la costa del mar Interior, y alguna de las visitas a la capital arévaca durante los duros años de su adolescencia.

—Es cierto –repuso este devolviéndole la sonrisa–, pero de eso hace ya algunos años, como ha dicho Buntalo...

Los hombres se saludaron con alegría agarrándose por los antebrazos, y tras las debidas fórmulas de cortesía, bebieron un largo trago de cerveza. Después, mientras Buntalo y los dos numantinos volvían a sentarse y a charlar animadamente, Aro se disculpó un instante y se volvió hacia la chimenea que ocupaba el centro de la cabaña. Allí, Ategna, su madre, y su esposa Coriaca, ayudadas por sus siervas, estaban asando un tostón, que ya se doraba girando despacio en un espetón sobre las brasas. Ategna removía un guiso de lentejas. Era una mujer de mediana estatura, de largo cabello castaño surcado de canas, recogido en la nuca con una cinta de cuero, con un bello rostro redondeado en el que destacaban los vivos ojos color miel y la pequeña boca de labios finos. Besó primero a su madre y después a Coriaca, acariciando con suavidad su abultado vientre que anunciaba que muy pronto traería al mundo a su primer hijo.

—¿Qué tal ha ido la jornada, Aro? –inquirió ella con su voz suave, mientras le sonreía.

—Ha sido un largo día. Ya hemos terminado de llevar el grano al almacén. Un trabajo duro. Pronto se repartirá todo, en unos pocos días, cuando todos los hombres hayan terminado de almacenarlo.

—Por fin un buen año –dijo Coriaca–. Al fin los dioses han permitido a la tierra obsequiarnos con sus frutos.

—Sí –respondió Aro, optimista–, este invierno no pasaremos hambre. Y tú, ¿qué tal te encuentras?

—El pequeño da patadas –repuso ella frotándose el vientre–. Sobre todo cuando te ha oído saludar a los numantinos.

—¡Vaya, parece que reconoce a su padre! –rio Aro–. Será un hombre inteligente…

Ategna llamó a su nuera para que le ayudase con el guiso de legumbres, mientras ella tomaba su molino circular de mano y se disponía a moler una pequeña cantidad de trigo; Aro volvió junto a los hombres. Poco después llegó Docio con otros siervos; regresaban de sus faenas diarias. Docio y los arévacos fueron presentados; los cinco hombres bebieron cerveza mientras conversaban. Aro saboreó con placer aquella cerveza que los numantinos habían regalado a Buntalo. Se trataba de cerveza de verdad, no de la amarga cerveza de bellota que habían tenido que beber en Albocela durante los largos años de penuria; él sólo había tenido ocasión de probar aquella deliciosa cerveza en sus ocasionales visitas a Numantia.

Cuando el tostón estuvo listo, se dispusieron a cenar. Todos se sentaron en el banco de piedra que recorría las paredes de la cabaña, ordenados según su edad e importancia en la familia, pero cediendo los puestos de honor a sus invitados. Coriaca se sentó junto a su esposo y le miró sonriente. El hombre le devolvió la sonrisa tomándole la mano. Buntalo ofreció a sus invitados las mejores porciones, los cuartos traseros del animal. Después, uno a uno, por estricto orden, fueron sirviéndose su ración de sabrosa carne humeante, acompañada por el suculento guiso de legumbres. Por último, los siervos tomaron su parte de la comida. Era un honor y un regalo de los dioses el acoger huéspedes en las casas; se les atendía con verdadera hospitalidad, dándoles la mejor comida y haciéndoles sentirse lo más cómodos posible.

Mientras cenaban, los dos arévacos les hablaron de su viaje a Intercatia, del desarrollo de aquella ciudad vaccea situada entre páramos, al norte de Albocela, y de su riqueza actual. Habían conseguido realizar buenos intercambios de lana y grano con los intercatienses a cambio de metal para fabricar armas y otros útiles que traían de Numantia. Aro supo así que habían regalado a Ategna y Coriaca hermosas piezas de tela, que, según contó Assalico, procedían de la lejana Hélade, el lejano país de los cultos helenos, casi en el extremo oriental del mar Interior. El mismo Assalico la había adquirido de unos ilergetas con los que había comerciado, y que a su vez las habían comprado a los mercaderes helenos en Emporion.

Tras la cena siguieron bebiendo cerveza; Docio, curioso como un gato, pidió a los invitados numantinos noticias de las tierras del este y de los pueblos que los cartagineses llamaban iberos.

—En realidad –dijo Assalico despacio, fijando la vista en la oscura cerveza de su vaso de cerámica–, la situación parece difícil en el este. Roma y Cartago, que llevan tantos años en guerra, parecen decididas a convertir los territorios de los pueblos iberos en su campo de batalla, mientras el famoso general cartaginés Aníbal Barca sigue asolando tranquilamente Italia con sus tropas sin que los romanos hagan nada por enfrentarse a él.

—Los romanos afirman –intervino Clouto– que sólo quieren defender sus asentamientos en la costa y a los pueblos que se han aliado con ellos, así como a las colonias helenas situadas al norte del río Iber, que también les han pedido ayuda y se han unido a Roma, pero eso no está tan claro... No se contentan con que los cartagineses se mantengan al sur del Iber y que respeten, de esa manera, el tratado firmado hace años, sino que realizan frecuentes incursiones en territorio enemigo. Tras los últimos sucesos, los cartagineses han cobrado una gran ventaja, pero seguro que Roma no se quedará de brazos cruzados. Los romanos son tozudos como mulas…

—¿Los últimos sucesos? ¿Qué ha ocurrido? –preguntó Buntalo.

Assalico retomó la palabra tras mirar un instante a Clouto. Los rostros de los dos arévacos se habían tornado serios.

—Como Clouto ha dicho, los romanos quieren mantener a toda costa a los cartagineses al sur del Iber. Las colonias helenas temen su avance por la costa del mar Interior, en especial la poderosa colonia focea de Massalia en el sur de la Galia, que es aliada de Roma. La razón más importante es el estaño que, como sabéis, es el metal fundamental para la fabricación del bronce; la principal fuente de estaño para Massalia y Roma es la costa sudoeste de Britania, desde donde es transportado hasta la costa oeste de la Galia, y de allí a Massalia, tras un viaje de treinta días por tierra. La ruta pasa muy cerca de la vertiente norte de los montes Pirineos, y los romanos quieren evitar que los cartagineses pasen al norte del Iber para tener la seguridad de que las caravanas que transportan el estaño no son molestadas. Según otros, la causa es la presión que ejercen los pueblos galos sobre el norte de Italia, por lo que los romanos quieren tener tranquilidad en el Iber para poder enviar allí la mayor cantidad de tropas posibles. Opino que la causa real es el estaño, aunque no estoy seguro. También es posible que el mundo sea demasiado pequeño para que Roma y Cartago convivan en él.

»Ya sea una u otra la verdadera razón, el caso es que Roma y Cartago llegaron hace diecisiete inviernos a un pacto. Bueno, ya sabéis lo que pasó tiempo después con la ciudad fortificada de Saguntum, aliada de Roma, lo que terminó por deteriorar las ya difíciles relaciones entre cartagineses y romanos.

—Según los romanos –interrumpió Clouto–, el ataque a Saguntum fue una sucia maniobra de Aníbal; argumentan que el general cartaginés sitió la ciudad, con la excusa de que los saguntinos habían ayudado a otro pueblo aliado con él, para provocar a los romanos y que estos declarasen la guerra a Cartago.

—Sí, Aníbal es un auténtico especialista en esas cuestiones –masculló Buntalo con la mirada fija en el fuego.

—Hace dos años –prosiguió Assalico– los generales romanos enviados a luchar contra los cartagineses, dos hermanos, iniciaron una nueva campaña e invadieron los territorios bajo el dominio de sus enemigos; llegaron el pasado verano hasta el valle del Betis. Una vez allí dividieron sus tropas: uno de ellos acampó en Urso y el otro lo hizo en Castulum, muy cerca de las minas de plata que hasta ahora había estado explotando Cartago. Esperaban enfrentarse allí a los cartagineses y derrotarlos definitivamente. Los cartagineses también habían dividido sus fuerzas en dos ejércitos: uno de ellos se encontraba situado más cerca de los romanos, en la ciudad de Amtorgis, mientras el otro estaba acampado en posiciones más lejanas.

»Parece ser que, en un principio, los generales romanos habían planeado unir sus fuerzas para atacar uno por uno a los generales cartagineses, una estrategia inteligente. Sin embargo, al conocer la separación de los campamentos enemigos, debieron sonreír para sus adentros. Por tanto,

confiando en sus mercenarios pelendones, titos y belos, creyéndose superiores a sus adversarios, decidieron continuar separados y atacar a los dos ejércitos a la vez.

»Por desgracia para ellos, los romanos sobrestimaron a sus mercenarios, algunos de los cuales desertaron, y fueron sorprendidos por los cartagineses; la derrota de los romanos fue aplastante. Dicen que los cartagineses contaron con la ayuda de los suessetanos y los ilergetas, acaudillados por el famoso rey Indíbil. Los dos generales romanos murieron en combate; el menor de ellos se retiró con su séquito a una de las torres defensivas que abundan en esa región, y allí resistió los ataques cartagineses hasta morir. Los romanos se vieron en una situación crítica, podían ser barridos por los cartagineses. Sin embargo, uno de los oficiales tomó el mando del ejército romano e hizo retirar a sus hombres; más tarde, cuando estuvieron a salvo, las legiones se reunieron en asamblea y eligieron como jefe a un caballero romano, un hombre muy popular entre los soldados debido a sus éxitos, a su valor y decisión en el combate, logrando mantener las posiciones al norte del Iber. Al Senado romano no debió gustarle ese nombramiento, y enseguida designó a un nuevo general en jefe, que llegó a Emporion a finales del verano con un nuevo ejército y consiguió, no sin problemas, mantener a los cartagineses al sur del Iber.

»Es evidente que en Roma no ha gustado todo esto, la lamentable derrota de los generales hermanos, la amenaza de los cartagineses aquí, y Aníbal, el más peligroso de todos ellos, paseándose por Italia como si tal cosa.

—No comprendo a Aníbal –dijo entonces Aro–. Hace años vapuleó a los romanos varias veces seguidas en la misma Italia, y después, cuando se encontraba a pocos días de Roma, sin ejércitos enemigos entre él y la ciudad, no fue capaz de conquistarla; ahora, según dices, sigue en Italia y se dedica a ir de un lado a otro, cavando su propia tumba...

—Parece que los romanos han aprendido la lección desde entonces –respondió Assalico meneando la cabeza–. Han cambiado de estrategia. No se atreven a presentar batalla a Aníbal en campo abierto, pues temen sus dotes tácticas; ya han conocido el amargo sabor de la derrota ante él, demasiadas veces y demasiado seguidas. Se limitan a realizar pequeñas escaramuzas y enfrentamientos, rehuyendo la batalla abierta, para tratar así de desgastar a las tropas cartaginesas. Por su parte, Aníbal no se atreve a sitiar Roma. La tuvo en sus manos tras las batallas que has mencionado, pero desistió de enfrentarse a las murallas. Además, algunos dicen que lo que pretendía en principio no era conquistar Roma, sino romper la federación de las ciudades italianas aliadas a ella. Me resulta extraño, pues es sabido que, al partir de Cartago en su niñez, su padre les obligó, a él y a sus hermanos, a jurar odio eterno a Roma; y estando una vez a sus puertas… Sea como

sea, no consiguió que Roma fuese abandonada por sus aliados italianos, ni siquiera tras esas victorias consecutivas, y se vio forzado a cambiar de planes. Sólo algunas ciudades del sur de Italia se cambiaron de bando, pero Roma siguió contando con una cantidad de aliados suficiente como para no tener que rendirse a Aníbal y, lo que es más importante, para seguir armando ejércitos que pueden enfrentarse año tras año a su peor enemigo. Así, aunque ahora Aníbal siga deambulando por el sur de Italia, los romanos saben que está perdiendo el favor del Senado de Cartago, el apoyo de las pocas ciudades italianas que se pusieron de su lado hace tiempo, pues no consigue una victoria definitiva sobre Roma, y perderá aún más este favor si los púnicos son derrotados en Iberia. Por eso, puede que envíen como general a alguien importante para acabar de una vez con los púnicos. Esta vez será un verdadero líder, parece ser.

—¿Quién será ese nuevo jefe? –preguntó Aro.

—Según hemos podido saber –respondió Clouto–, en Roma se aclama al joven hijo de uno de los dos generales hermanos muertos el año pasado ante los cartagineses. Apenas tiene veinticinco años, y no es normal que los romanos pongan sus ejércitos al mando de hombres tan jóvenes, pero dicen que ya luchó contra Aníbal en Italia. Incluso dicen que salvó la vida a su padre en una de las batallas de las que Aro hablaba. Fue uno de los pocos romanos que pudo escapar con vida de la famosa batalla de Cannae. Dicen que el pueblo le adora, que su padre es el mismísimo Júpiter, el más importante de los dioses romanos, y que estos le ayudan. Recordad bien lo que os digo porque o mucho me equivoco o vamos a oír hablar de él muy a menudo de ahora en adelante.

—Un verdadero jefe, un líder –murmuró Aro pasando la mano con gesto pensativo por la larga melena leonada y arrastrando las palabras–. Parece que os enteráis de muchas noticias en Numantia –añadió dirigiéndose a sus invitados con una sonrisa.

—Sí, así es –afirmó Assalico con orgullo–. Numantia se encuentra en un buen lugar para el comercio, no sólo para los pueblos del norte, y con los viajeros llegan los rumores y las noticias de muchos lugares. No somos tan ignorantes como creen las gentes de la orilla del mar Interior o los propios romanos y cartagineses.

—Es una suerte para vosotros –dijo Buntalo acariciándose pensativo el bigote grisáceo–. Nosotros dependemos de los escasos viajeros que llegan hasta aquí para conocer las nuevas muy de vez en cuando. O de nuestra propia gente cuando viaja hacia el este o el sur. A veces, como veis –añadió con una sonrisa– tardan en llegarnos todo un año, aunque espero que a partir de ahora sean más frecuentes las visitas. Nosotros tampoco somos unos salvajes ignorantes. Los druidas están en contacto continuo entre sí, pero la mayor parte de las veces se guardan la información.

—Es cierto que conocemos las noticias con prontitud –dijo Assalico–, pero también corremos el peligro de vernos envueltos en las guerras entre romanos y cartagineses, y eso, creedme, no es nada divertido. Bastantes problemas tenemos ya como para que vengan los extranjeros a discutir y decidir sus problemas en nuestras tierras.

—Sus enfrentamientos nos afectarán tarde o temprano –comentó Docio.

—¡Ya nos han afectado! –le corrigió Assalico–. Muchos de nuestros jóvenes se alistan como mercenarios en cualquiera de los dos ejércitos, pues ambos les prometen gloria y riquezas, cuando la realidad es bien distinta, ya que sólo les espera la muerte en cualquier campo de batalla, lejos de nuestra tierra. Además, si los pueblos se alían a uno de los bandos, son atacados por el otro tarde o temprano, y si no se deciden por uno de ellos, tanto peor, pues les atacan ambos. En fin, esperemos que Roma y Cartago no se fijen demasiado en las tierras del interior, aunque si lo hacen, tendremos muchos problemas, eso es seguro.

—Nosotros ya los tuvimos hace años –dijo Buntalo con amargura apretando los dientes–. Aníbal atacó la ciudad y quemó nuestros campos.

—Es cierto –convino Assalico–, pero aquello sólo fue una expedición de castigo, un pasatiempo para ellos. Trataban de complacer a sus nuevos aliados, conseguir grano y hombres para su expedición a Italia.

—¿Un pasatiempo? –exclamó Ategna indignada. Había escuchado la conversación en silencio, pero no pudo contenerse ante las palabras del numantino–. Esos perros destruyeron nuestro sustento y casi nuestras vidas. Uno de mis hijos murió aquel día... Clutamo sólo era un niño, como otros que cayeron bajo las lanzas cartaginesas. ¿No es eso bastante?

—Lo es –dijo Assalico alzando la mano para tranquilizarla–. Sé lo que le ocurrió a tu hijo, y lo siento de veras, pero si la guerra llega aquí, puede que sea algo más que vuestro trigo lo que perdáis. Si el vencedor se decide a conquistar todo esto, estad seguros de que será muy difícil disuadirle.

—Supongo que ocurra lo que ocurra en el futuro –dijo Aro–, cuando esa guerra termine, el mundo será muy distinto de como ha sido hasta ahora. Todo empezó a cambiar con la llegada de Cartago, y lo ha hecho aún más con la de los romanos. Me temo que en el futuro tendremos que aprender a convivir con ellos o desaparecer.

La conversación derivó hacia otros temas más cotidianos y transcurrió la noche hasta que llegó el momento de que todos se retiraron a descansar.

Una vez de vuelta en su cabaña, Aro se desnudó y se tendió en la cama, mirando a las vigas del techo con las manos detrás de la cabeza, pensando en la larga conversación con los arévacos. Poco más tarde, después de recoger el pequeño telar, Coriaca también se desvistió mientras observaba el cuerpo

musculoso de su esposo, sus ojos azules fijos en el techo, la barba castaña y el largo cabello leonado, el rostro alargado y anguloso, la nariz recta y la boca de labios carnosos. Se tumbó a su lado, tras correr la cortina que separaba la cama del resto de la cabaña, y apoyó la cabeza sobre el pecho de su esposo. Aro la abrazó, agradeciendo el contacto de la piel cálida de la mujer junto a su cuerpo, hundiendo los dedos en la oscura y abundante melena rizada de su esposa.

—Piensas en lo que nos contó Assalico, ¿verdad? –preguntó ella–. Temes que esa guerra nos afecte algún día...

—Temo la ambición de los cartagineses –replicó Aro–. Son como una plaga de langostas, devoran todo cuanto encuentran a su paso y, si pueden, esclavizan a los indígenas. En cuanto a los romanos, aún no sé cómo van a actuar, pero no creo que sean muy distintos de sus enemigos, ese es mi temor. Sea como sea, creo que, tarde o temprano, la guerra llegará también aquí.

Coriaca lo miró gravemente apoyando la barbilla en su pecho.

—De momento –dijo con aire pensativo–, estarán demasiado ocupados en destrozarse entre ellos. Creo que hasta que no haya un vencedor, no debemos preocuparnos, pero en el momento en que uno de ellos caiga, tendremos que estar atentos a los movimientos del otro.

Aro le devolvió una sonrisa cálida. Su esposa, que era un año menor que él, era una mujer inteligente y había sido bien educada por sus padres. Trabajaba muy duro junto al resto de la familia, aunque ahora apenas ayudaba a causa de su avanzado embarazo, y se interesaba por la cosecha, por el ganado y por las faenas del campo, por supuesto, como todas las mujeres vacceas, pero también se preocupaba por los asuntos de la ciudad, y participaba de forma activa en las asambleas, haciendo saber su opinión a los ancianos de Albocela, puesto que, aunque no acostumbraban a intervenir, las mujeres tenían el mismo derecho que los hombres a opinar sobre todo lo concerniente al clan.

Los grandes ojos azules de Coriaca le miraban fijamente en la penumbra, esperando a que su esposo le diera su opinión. Él contempló su rostro ovalado, su pequeña nariz respingona y sus labios sensuales, entreabiertos, esperando sus palabras.

—Tienes razón; sólo espero que el vencedor no pose sus ojos de halcón en los pueblos del interior –dijo al fin–. Porque entonces, como dices, será cuando empiecen de verdad los problemas para nosotros. Para nosotros y para todos los demás... Nadie estará a salvo del vencedor.

—Según Assalico –objetó ella–, muchos opinan que si los romanos vencen, se volverán a Italia por donde han venido, que sólo desean vencer a Cartago, antiguo enemigo suyo; después regresarán a su tierra y nos dejarán en paz.

—¿Tú crees de verdad que harán eso? –inquirió Aro, acariciando la nuca de su esposa–. No, Coriaca, no estoy de acuerdo; pienso que se quedarán con

las colonias, las minas y las tierras que ahora dominan los cartagineses, y las explotarán ellos. Han visto y conocido las posibilidades de todas esas regiones, sus riquezas casi vírgenes, y se estarán relamiendo como los lobos ante la cercanía de un rico y suculento festín. Es probable que quieran conocer tierras cada vez más al interior y al norte… Tal vez muy pronto veamos por aquí mercaderes romanos. Ellos informarán a Roma y después vendrán las legiones.

—Entonces, si nos atacan –afirmó ella con decisión–, nos defenderemos, como lo hicimos cuando vino Aníbal.

—No creo que pudiésemos resistir demasiado tiempo –objetó Aro sonriendo–. Si llegasen aquí, los pueblos que no se rindieran o se aliasen con ellos irían cayendo uno tras otro, como hasta el momento ha sucedido en el sur y el este, hasta que todos les perteneciésemos.

—¿Y no crees que seríamos más fuertes si todos los vacceos se uniesen contra ellos? –preguntó Coriaca, tras reflexionar un instante–. De ese modo se podría formar un ejército poderoso que haría frente al invasor.

—¿Unir a los vacceos? –preguntó él a su vez, incrédulo–. ¿Bajo el mando de quién? Sería necesario un rey, un jefe, un caudillo con la suficiente personalidad para hacer que todos le obedeciesen, y eso es imposible. Los vacceos no aceptarán un rey.

—¿Por qué? –insistió Coriaca. Aro la miraba como si le hablara de alcanzar el sol. A veces le sorprendía que los hombres fuesen tan cortos de miras como para no tener aquel tipo de ideas–. Seguro que hay grandes guerreros entre nosotros, hombres capaces de unir a varios clanes bajo su mando y guiarlos al combate contra cualquier invasor.

—Sí, es cierto, puede haberlos. Pero en esa situación, cada clan presentaría un candidato, y el resto no aceptaría a ninguno que no fuese el suyo. Nadie querría obedecer a un jefe de otro clan, por muy valiente o famoso que fuese. Como mucho, podrían unirse dos o tres clanes, o varias ciudades y aldeas vecinas, pero no creo que nadie pudiese reunir a un ejército tan grande como para enfrentarse con garantías al poder de Roma o Cartago. Ni siquiera creo que todos los vacceos se uniesen contra ellos en un frente común…

Coriaca se dio la vuelta y miró hacia el techo, pensativa. Le irritaba aquel estúpido orgullo masculino que impedía a los hombres ser prácticos para solucionar ciertos asuntos, sobre todo los asuntos graves. Aro tenía razón, los hombres eran así. Pero aquello tendría que cambiar. Si no había entre ellos nadie sensato para tratar de organizar una alianza frente a posibles enemigos, sería ella quien tuviera que encargarse de arreglarlo. Aro era un hombre inteligente, pero necesitaba que alguien lo empujase para llevar adelante aquel asunto. Sería cuidadosa, elaboraría su plan con cautela y hablaría con las personas adecuadas en el momento oportuno.

—Entonces, sólo espero que nada de eso ocurra nunca –dijo al cabo de un rato, suspirando y simulando que dejaba de lado aquella idea descabellada de la alianza de los clanes–. Sólo deseo un futuro en paz para nuestra ciudad, nuestra familia, y que nuestro hijo y los demás que vengan crezcan sin temor a los invasores.

—Y puedan ser libres –añadió Aro–, y nadie les mate siendo niños.

Se estremeció al recordar a su hermano muerto hacía años. Reconocía que la idea de unir a los clanes era inteligente y tal vez la única solución para enfrentarse a los invasores, pero también sabía que los intereses políticos de los clanes y las disputas ancestrales entre muchos de ellos impedirían llevar a cabo un proyecto así.

—Le querías mucho, ¿verdad? –preguntó ella tras un corto silencio–. A Clutamo, quiero decir.

—Sí, claro que sí –susurró Aro después de un breve instante, con los ojos fijos en el techo–. Era mi hermano más querido, pues Docio aún era un renacuajo cuando sucedió todo. Tal vez recuerdes que pasábamos juntos la mayor parte del tiempo, en los campos, entre el ganado, jugando a la orilla del río... Había un lazo muy fuerte entre nosotros. Aún lo recuerdo con frecuencia y suelo tener pesadillas.

—Lo sé –asintió ella con dulzura y le abrazó con más fuerza–. A veces hablas en sueños y pronuncias su nombre. Te agitas, sudas y tiemblas cuando eso sucede.

—Lo echo mucho de menos, Coriaca.

—Es normal –dijo ella mirándolo, posando su mano en el pecho de él–: Pero ahora me tienes a mí, y pronto seremos uno más.

Aro acarició con cuidado el suave vientre hinchado de Coriaca, y sintió cómo se movía la criatura que llevaba dentro. Ella rio al sentir las patadas.

—Parece que será fuerte –dijo en un susurro–. Tanto como su padre, un gran guerrero vacceo.

—Tan hermoso como su madre –añadió él con voz soñolienta, sin dejar de acariciar muy despacio el suave cuerpo de Coriaca–. Haremos cuanto sea posible para que crezca feliz y libre, si es que los cartagineses y los romanos nos dejan.

Coriaca volvió los ojos hacia él y sonrió. Después los cerró y al cabo de un rato se durmió plácidamente. Aro la abrazó con ternura y enterró su rostro en la melena de su esposa, aspirando su dulce aroma. Poco después, también él se durmió, con una mano sobre el vientre de Coriaca.

Varios días más tarde, se repartió la cosecha entre las familias de la ciudad, con arreglo a su importancia y a su número de componentes. Aro se encontraba satisfecho con la cantidad de trigo y cebada que había concedido la asamblea a Buntalo como cabeza de familia, pues sabía que aquel invierno

ni él ni su familia pasarían hambre. Además, los albocelenses podrían comerciar con otros clanes y pueblos porque tenían abundantes excedentes de lana y cereal. Dedicó los días siguientes a acompañar a Buntalo con el ganado, llevándolo a los pastos de las llanuras al norte y noroeste de Albocela, más allá de los campos de cultivo, mientras Docio se dedicaba a reparar el techo de su cabaña. En otras ocasiones, se dedicaban a domar los caballos que habían obtenido de sus tratos con los cántabros o los lusitanos. Ya esperaba con impaciencia el nacimiento de su hijo, y por esa razón se sentía nervioso e intranquilo.

—No te preocupes –le decía Buntalo a menudo, mientras caminaban por los pastos–, su madre y la tuya se encargarán de todo. Ellas ya tienen sobrada experiencia. Además, los druidas les ayudarán si es necesario.

Pero Aro no podía evitar la impaciencia y miraba con frecuencia en dirección a la ciudad, mientras caminaba con lentitud tras el rebaño o se sentaba con su padre a la sombra de un árbol. Los días iban pasando casi con pereza, Buntalo percibía la inquietud de su hijo y sonreía recordando que él mismo también había sentido aquella impaciencia cuando esperaba la venida al mundo de Aro, su hijo mayor.

A menudo les acompañaba en el pastoreo el bardo Silo, amigo de Aro y uno de sus hombres más leales. Silo era un hombre alto y flaco, pero fuerte, con larga melena de un rubio dorado y unos misteriosos ojos negros que siempre observaban con atención a su alrededor. Estaba tonsurado: la parte delantera del cráneo afeitada de oreja a oreja, pues como bardo pertenecía a la casta druida. Bajo la nariz recta, su bigote rubio apenas ocultaba la boca de labios rojos, que sonreía cuando el bardo cantaba con alegría. Silo les contaba con frecuencia historias trágicas y legendarias sobre los antepasados y, acompañado por su pequeña lira, entonaba con voz vibrante cantos y poemas sobre hazañas de valerosos guerreros antiguos, con los ojos oscuros perdidos en la lejanía. Otras veces les cantaba canciones compuestas por él mismo que hablaban del canto de los pájaros, del rumor de los árboles en las noches de verano, o de la belleza de las mujeres vacceas. En esas ocasiones, cuando Silo les acompañaba en los largos días de pastoreo, las jornadas resultaban más amenas, parecía que Aro se distraía con las canciones y los relatos de su amigo, no pensaba tanto en Coriaca y su hijo, pero sus ojos continuaban volviéndose a menudo en dirección a Albocela, esperando que llegase la noticia del nacimiento.

Un caluroso atardecer, cuando Buntalo, Aro y Silo regresaban a la ciudad caminando despacio tras el rebaño de ovejas, vieron venir corriendo a Docio seguido por uno de los siervos.

—¡Aro! ¡Aro! –gritaba Docio agitando los brazos mientras corría.

Los tres hombres se miraron, enarcando las cejas, y se pararon hasta que Docio llegó a su lado. Su torso musculoso brillaba con el sudor. Se inclinó

hacia delante apoyando sus manos en las rodillas, y tratando de recuperar el aliento, estiró el brazo señalando en dirección a Albocela. El siervo se detuvo jadeando a algunos pasos. Los mastines ladraban excitados alrededor de los dos hombres.

—¿Qué ocurre, Docio? –preguntó Buntalo apremiando a su hijo menor.

—Es... es Coriaca, Aro –jadeó Docio mirando a su hermano.

—¿Coriaca? ¡Habla! –exclamó Aro alarmado agarrando a su hermano menor por los hombros y sacudiéndolo–. ¿Le ha ocurrido algo?

—Creo… que va a parir –respondió Docio con voz entrecortada–. Madre me mandó a buscar... Estaban cardando lana... y de pronto tu esposa sintió dolores... Las mujeres decían cosas extrañas... Coriaca gritaba mucho... y me mandó a buscarte.

Los otros tres cruzaron una mirada.

—Tranquilo, hermano –dijo Aro respirando hondo y palmeó el hombro de Docio–. Creo que muy pronto vas a ser tío. Acompaña a padre y a Silo con las ovejas, y ayúdales a encerrarlas. Yo voy a ver qué ocurre.

Corrió hacia la ciudad. Todavía se encontraban a más de tres millas de la muralla y Aro tardó un buen rato en recorrer la distancia que le separaba de Albocela. Cuando llegó ante su cabaña, sudoroso y jadeante, Ategna le esperaba sentada a la puerta junto con la sierva de Coriaca. Sus rostros expresaban tranquilidad.

—Enhorabuena, hijo mío –sonrió al observar la mirada ansiosa de Aro–. Tu mujer ha parido un hijo sano y fuerte.

—Y ella, ¿cómo está? –preguntó Aro tras abrazar a su madre.

—No te preocupes, Aro –respondió Ategna–. Todo ha ido muy bien. Coriaca estará descansando, es una mujer muy fuerte. Puedes entrar a verlos, si así lo deseas, pero trata de no hacer demasiado ruido, no debes despertarlos.

Aliviado por las buenas noticias recibidas, Aro entró con sigilo en la cabaña silenciosa. Las cortinas de las ventanas estaban corridas y la estancia estaba en penumbra. Se acercó sin hacer ruido a la pesada cortina tras la que se encontraba el dormitorio, la abrió apenas, asomando la cabeza con cautela. Coriaca dormía, sin duda agotada por el esfuerzo del parto, con el espeso y abundante cabello negro enmarcando su bello rostro bronceado. Al lado del lecho se encontraba la cuna que él mismo había construido con madera de haya para su hijo. Se acercó a ella y contempló fascinado al bebé sin poder reprimir una exclamación de alegría. Sonrió ampliamente y se inclinó sobre la menuda y arrugada carita de color rosado que sobresalía entre las sábanas. Rozó casi con temor el sonrosado carrillo y la manita minúscula, embelesado al ver por vez primera a su hijo. Este apenas se movió, agitando los brazos diminutos y moviendo un poco la cabecita.

—Es un niño muy hermoso –dijo con dulzura una voz débil.

Aro alzó los ojos y se encontró la bella sonrisa de Coriaca.

—¡Oh! Lo siento –se excusó en voz baja–. Te he despertado.

—Ha sido tu exclamación la que me ha despertado, Aro –dijo ella–. Deberías haber visto tu cara cuando mirabas a nuestro hijo. No esperaba que regresaras tan pronto de llevar a pastar a las ovejas.

—Mi madre envió a Docio en mi busca. Creo que deseaba que os viese cuanto antes, pues sabía que yo lo quería así. Sí, el niño es hermoso, ¡y parece tan frágil!

—Puedes cogerlo –dijo ella riendo ante el rostro atribulado de su esposo–. No temas, no lo vas a romper.

Él cogió al bebé con torpeza y lo alzó ante sus ojos, brillantes de alegría. La criatura emitió un débil balbuceo, pero siguió dormida; Aro se sobresaltó y miró a su esposa.

—Ven, dámelo –susurró Coriaca y se incorporó lentamente–. Yo también quiero verlo.

Aro obedeció y depositó al niño en su regazo. Coriaca lo observó y besó con delicadeza la frente pálida, acariciando con suavidad las manitas de su hijo. Aro los miró a los dos en silencio, percibiendo de pronto y con claridad el cambio sufrido en su esposa: Coriaca, la pequeña Coriaca que siempre había sido su compañera de juegos de infancia y adolescencia, bella, valiente, culta, astuta e insolente, de la que se había enamorado después, ya le había dado un hijo. Ahora se presentaba ante él como una madre, como una mujer hecha y derecha, a pesar de su rostro casi infantil, que en ese preciso momento le miraba, extrañamente iluminado por una sonrisa y por el brillo de sus hermosos ojos. Contempló la escena dejándola grabada en su memoria: su esposa sostenía al pequeño en su regazo, y su sonrisa era la más hermosa que había visto nunca. Le pareció el momento más feliz de su vida. Tuvo ganas de reír, saltar, de salir corriendo y anunciar a todos que había tenido un hijo, que sería el guerrero más fuerte de Albocela cuando creciese.

—¿Qué te parece nuestro hijo? –preguntó ella, mientras la felicidad le bailaba en sus ojos azules. Aro se dio cuenta de que el cambio también le afectaba; él era el padre de aquella criatura pálida y arrugada que apenas se movía en el regazo de Coriaca.

—Es el niño más hermoso del mundo –respondió sentándose junto a ella–. Nuestro hijo crecerá alto, fuerte y será un gran guerrero. ¿Te gusta el nombre de Coroc?

Ella asintió en silencio y volvió a mirar al niño. Aro notó el cansancio en su rostro y le dijo:

—Será mejor que duermas todo cuanto quieras, debes estar agotada. Ya empieza a anochecer. Nuestros padres cenarán aquí; nuestras madres y las siervas cuidarán de vosotros dos. No te preocupes por nada.

Aro devolvió al niño a la cuna y Coriaca no tardó en dormirse de nuevo. Él se quedó allí, de pie junto a la cama, contemplando a su esposa y a su hijo.

Allí seguía cuando, cerca de una hora más tarde, Buntalo se presentó en la cabaña para ver a su primer nieto. Aro, cumpliendo el ritual, se acostó junto a su compañera, con el bebé en los brazos, mientras la gente de la ciudad entraba a verlos para atestiguar que el guerrero aceptaba a su hijo. Después, Ategna les ordenó que se marchasen de allí y dejasen descansar a solas a Coriaca y al niño.

Ya había anochecido; varios vecinos habían acudido a la puerta de la cabaña para servir de testigos de que Aro aceptaba a su hijo. El correspondiente ritual se había celebrado en el mayor silencio posible para no molestar a la madre y al recién nacido. Después Buntalo y Aro tomaron teas, escogieron dos de sus mejores ovejas del recinto del ganado, y las sacrificaron ante el altar de Albocelos, su Teutates, el dios protector de la ciudad y el clan. Uno de los druidas sacrificó a los animales. Se acercó al altar sobre el que se alzaba el toro de granito, en cuya testa pétrea brillaban a la luz de las antorchas los dos grandes cuernos de bronce, tomó un cuchillo largo y afilado y degolló a las dos ovejas que Aro mantenía tumbadas en el suelo ante el ara.

El druida recogió en dos cuencos de barro la sangre que manaba del cuello de las víctimas del sacrificio, hizo la libación y los depositó ante la estatua de Albocelos.

Todos se arrodillaron ante la imagen del dios y pronunciaron las oraciones rituales para agradecerle que la madre y el niño estuviesen sanos y para pedirle que concediese una larga y próspera vida al recién nacido. El sacerdote les comunicó con un gesto que los dioses estaban satisfechos.

II

Emporion, otoño de 210 a. C.

Las últimas naves romanas se acercaban pesadamente al puerto de la ciudad de Emporion, impulsadas muy despacio por los remos. La colonia griega se alzaba en los extremos norte y sudoeste de una pequeña bahía que sus fundadores habían escogido como puerto. El asentamiento más antiguo, que los helenos llamaban Palaiapolis, se alzaba sobre un islote situado al norte de la ensenada y, aunque en aquella época aún no estaba del todo abandonado, había quedado destinado a servir como dependencia de la Neapolis, la ciudad nueva construida en el sudoeste de la bahía. Así, la ciudad enmarcaba al puerto, que poseía un gran malecón, construido con grandes bloques de piedra. Algo más al norte, en el mismo golfo, se encontraba la factoría de Rhode, levantada siglos antes por los griegos de Rodas.

Emporion era una importante colonia griega, fundada por foceos procedentes de la colonia de Massalia en la costa sur de la Galia. De forma habitual, el tráfico de buques romanos y griegos era abundante en el puerto de la ciudad. Aquel día había gran cantidad de buques mercantes anclados en la pequeña bahía; aun así, los treinta quinquerremes de la escuadra romana no encontraron demasiados problemas para fondear en el resguardado puerto y hacer desembarcar a las tropas que transportaban.

En el castillo de popa de la nave insignia romana, un enorme quinquerreme de casco azul con el espolón dorado que se acercaba al puerto a fuerza de lentos golpes de remo, tres oficiales romanos miraban hacia la ciudad que se alzaba más allá del bosque de mástiles. El más joven y de más alto rango mantenía su brillante casco ático empenachado de rojo bajo el brazo

izquierdo y estudiaba con sus atentos ojos claros las murallas construidas con grandes sillares irregulares de Emporion. Era un hombre joven, de veinticinco años de edad, con rostro impasible, rasgos severos y delgada nariz aguileña. Sin embargo, ya era un veterano que había combatido en muchas batallas, durmiendo a la intemperie con frecuencia. Su nombre, Publio Cornelio Escipión, hijo del hombre del mismo nombre que había sido derrotado y muerto por los púnicos hacía poco más de un año en la funesta batalla librada cerca de Castulum. El Senado, presionado por la votación popular, le había elegido *privatus cum imperio* proconsular tan sólo unos meses más tarde de enviar a Cayo Claudio Nerón a Hispania, pues los padres de la República habían considerado el nombramiento de este como circunstancial mientras encontraban un general adecuado para recuperar las posesiones de Roma en aquel lugar, a pesar de la capacidad militar demostrada por Nerón al conservar los territorios al norte del Iberus para la República. A la derecha de Escipión se encontraba un oficial corpulento, de ojos oscuros y nariz recta, el propretor de Hispania, Marco Junio Silano, y a su izquierda, Cayo Lelio, el joven comandante naval de Escipión, el hombre en quien más confianza tenía este, pues conocía muy bien la importancia de contar con una buena flota dirigida por un hombre competente y, para el joven general, Lelio era uno de los mejores marinos de Roma, a pesar de su juventud.

—Bien, ya estamos en Hispania –dijo Escipión animadamente–. Dicen que es un bello país, poblado de abundantes minas, bosques y caza… y también de bárbaros y púnicos. –Respiró hondo y se mantuvo en silencio durante un instante. Cuando habló de nuevo, lo hizo con tono formal para dar sus primeras órdenes como general de Roma en Hispania–. Ya conoces mis órdenes, Marco Junio. Acamparemos esta noche junto a la ciudad y mañana partiremos hacia Tarraco. Espero que Cayo Claudio esté esperándonos allí.

—Sin duda ya habrá recibido las pertinentes órdenes del Senado –apuntó Silano, sudando bajo su casco ático–, y conocerá la fecha de nuestra llegada, Publio Cornelio.

—De todos modos hay que asegurarse –repuso el general–; envía un mensajero a Tarraco cuanto antes para que informe a Cayo Claudio de que hemos desembarcado en Hispania.

Sí, al fin estaba en Hispania, y al fin podría vengar a su padre y a su tío. Primero se encargaría del enemigo púnico, y cuando hubiese cumplido la misión que le había encargado el Senado, acabaría con aquellos que habían traicionado a su padre desertando del bando romano. Aquellos indígenas conocerían el castigo que se recibía por traicionar a Roma y a la *gens* Cornelia.

La mayor parte de las naves romanas ya había fondeado, y los legionarios que habían desembarcado estaban formando en la amplia playa, con sus cascos de bronce relucientes bajo el sol abrasador del mediodía. El Senado, a pesar de la escasez de hombres causada por las pérdidas del año anterior en Hispania

y por el peligro de Aníbal en Italia, le había concedido a Escipión el mando de un ejército consular de dos legiones, es decir, unos diez mil infantes y dos mil jinetes, con los que había partido del puerto de Ostia y que ahora se apresuraban a formar sus manípulos, sudando bajo su pesado equipo.

El mismo Escipión se encontraba presente cuando se había llevado a cabo la leva para formar las dos legiones en Roma. Tras haber sido designado comandante en jefe de las tropas en Hispania, acometió la primera tarea: designar a sus doce tribunos militares, hombres de sangre patricia que serían los oficiales de estado mayor de su ejército, seis para cada legión; la primera labor de los tribunos militares fue reclutar a los soldados necesarios para sus legiones entre los ciudadanos romanos, pero el joven general había decidido estar presente, aunque se le prohibía intervenir. Se reunió en la colina Capitolina a todos los ciudadanos romanos dueños de tierras que tuviesen dinero y edad para servir en la legión, es decir, entre los diecisiete y los cuarenta y seis años, se les clasificó según su altura y edad; acto seguido pasaron la inspección en grupos de cuatro. Los seis tribunos de cada legión se turnaron para hacer la primera elección con el fin de asegurar que se distribuía de manera equitativa la experiencia y la calidad en el conjunto de las tropas.

A continuación, los nuevos reclutas prestaron el juramento de obediencia a la República, el *sacramentum*. El primero de ellos formuló el juramento completo o *praeiuratio*, y el resto se limitó a decir «idem in me», es decir, «igualmente para mí». La fórmula del *praeiuratio* era: «Juro seguir a los cónsules a cualquier guerra a la que sean llamados, y no desertar nunca de las insignias ni hacer nada contrario a la ley».

Escipión había apretado los dientes al presenciar el acto. El Senado se la había jugado, presionado por la facción rival a su familia. La mayoría de los hombres alistados eran veteranos de la guerra librada contra Aníbal en Italia. Tendría que trabajar duro para levantar su moral y convertirlos de nuevo en legionarios de Roma.

Una legión no era un cuerpo homogéneo. Había cuatro tipos de legionarios. Los *hastati*, hombres de alrededor de veinte años que formaban la primera línea de la legión en la batalla, y los *principes*, que solían tener entre veinticinco y treinta años y que constituían la segunda, eran soldados jóvenes y formaban el grueso del ejército. Generalmente, el equipo de combate de los *hastati* y los *principes* era muy similar y estaba formado por un yelmo de cobre o bronce que se adornaba con plumas o crines de caballo teñidas, una protección metálica para el pecho o *pectorale* (algunos otros, los pocos que podían pagársela, llevaban una cota de malla o *lorica hamata* y unas grebas), una espada llamada *gladius hispaniensis* que habían adoptado hacía poco tiempo de las de algunos pueblos hispanos, una lanza corta arrojadiza y dos largas jabalinas llamadas *pila*, una ligera y otra pesada. El tercer tipo de legionario, los *triarii*, eran los soldados veteranos del ejército; iban equipados de manera similar a los anteriores, aunque casi todos

ellos podían costearse la *lorica hamata*, y no llevaban los dos *pila*, que se sustituían por una larga lanza llamada *hasta*. Formaban la última línea de la legión, y casi nunca entraban en combate, de tal manera que los romanos solían referirse a una situación desesperada diciendo que «la cosa llegó a los *triarii*». Estos tres tipos de legionario portaban un escudo oval de forma semicilíndrica, llamado *scutum*, que tenía unos setenta y cinco centímetros de anchura, un metro y treinta centímetros de alto, que estaba fabricado con dos capas de madera perfectamente unidas, cubiertas por otra de cuero y con un refuerzo de hierro en sus partes inferior y superior, que contaba con una protección metálica para el umbo; pesaba entre seis y diez kilos. Cada legionario pintaba el cuero que recubría el escudo y a veces dibujaba algo en él. El cuarto tipo de legionario, los *velites*, formaban la infantería ligera de las legiones. La integraban los ciudadanos más jóvenes y más pobres, de manera que su equipo de combate se limitaba a un casco, que solían cubrir con pieles de animales, un escudo redondo llamado *parma* de menos de un metro de diámetro, una espada y varios venablos, las *hastae velitares*. Ellos eran los encargados de abrir el combate acercándose a las líneas enemigas para arrojar sus jabalinas y retirándose veloces para protegerse tras los manípulos de *hastati*.

Los romanos habían adaptado las espadas de los mercenarios arévacos y vacceos de Aníbal tras comprobar en sus propias carnes la efectividad de aquellas espadas, más cortas que las de los galos, realizadas en un hierro de una calidad excelente. La habían llamado *gladius hispaniensis*. Tenían punta y doble filo, y la longitud del antebrazo de un legionario, lo que las hacía muy manejables para lanzar estocadas o tajos en el combate cuerpo a cuerpo.

Cada legionario se costeaba su equipo y sus ropas según el dinero que pudiese gastar en ello, por lo que la legión en marcha o en orden de batalla constituía una masa heterogénea y multicolor de yelmos, escudos y armaduras.

Tras el juramento, se agruparon los hombres de cada legión, formada por unos cinco mil soldados. Una legión estaba dividida en sesenta centurias, que se agrupaban de dos en dos para formar un manípulo. Los manípulos estaban bajo el mando de treinta centuriones elegidos por la legión, cada uno de los cuales nombraba a un segundo centurión, llamado centurión designado, a un lugarteniente, el *optio*, y a los demás jefes de su centuria: un *signifer*, un *cornicen* y un *tesserarius*. Cada centurión elegido ostentaba el mando del manípulo y dirigía personalmente la centuria que formaba el ala derecha de dicho manípulo. La otra centuria, que constituía el ala izquierda del manípulo, estaba bajo el mando del centurión designado. El primer centurión elegido, el más veterano de todos, se denominaba *primus pilus*, era considerado el de más alto rango y comandaba la primera centuria del primer manípulo de los veteranos *triarii*. Además, cada legión contaba con un contingente de trescientos jinetes, que eran seleccionados entre los ciudadanos más ricos, los del *ordo equester*. Estos jinetes se agrupaban en *turmae*, que eran grupos de treinta jinetes reunidos en

tres escuadrones, cada uno de ellos bajo el mando de un decurión y de su *optio*. El mando global de la legión lo ostentaban los seis tribunos militares, que recibían las órdenes directas del comandante en jefe.

Aparte de las legiones romanas, las ciudades aliadas de Roma estaban obligadas a contribuir al ejército con un número similar de soldados al aportado por Roma, que se organizaban de la misma manera que las legiones. El equivalente aliado a una legión se denominaba *ala*. A causa de la debilidad de la caballería romana, los aliados debían aportar al ejército un número tres veces superior de jinetes. Estas tropas se hallaban bajo el mando de tres *praefecti sociorum*, caballeros romanos designados directamente por el cónsul. Una quinta parte de la infantería y una tercera parte de la caballería aliadas, a las que se llamaba *extraordinarii*, se reservaban para misiones especiales.

Esas eran las tropas con las que contaba Publio Cornelio Escipión para acabar con el poder púnico en Hispania. No obtendría más refuerzos a menos que consiguiera aliados entre los indígenas.

Cuando el quinquerreme se acercó al muelle, Escipión se volvió sonriente hacia Lelio.

—Bien, amigo mío –le dijo poniéndose el casco, cuyas crines, teñidas de rojo, se agitaron al viento–, aquí nos despedimos, por el momento. Volveremos a vernos en Tarraco dentro de pocos días. Supongo que no podremos actuar hasta la primavera: el año ya está muy avanzado para iniciar una campaña contra los púnicos.

—Sí –convino Lelio–, aunque aquí parezca que aún es pleno verano, las aguas y los vientos del mar Medio son peligrosos durante el otoño y el invierno. Durante el día de mañana repararemos algunas pequeñas averías en las naves y nos aprovisionaremos. En cuanto pueda partiré hacia el sur. Te visitaré en Tarraco y planearemos la estrategia a seguir. Tenemos varios meses para planearla.

—Bien, pero ten mucho cuidado con esos mercaderes griegos –rio Escipión–. Son muy astutos. Si te descuidas, te sacarán las provisiones a un buen precio... para ellos, por supuesto.

—Descuida, ya he comerciado en numerosos puertos –respondió Lelio–, y te aseguro que hay que ser muy hábil para engañarme, Publio Cornelio.

Escipión y Silano se despidieron del comandante naval y descendieron al muelle, donde les esperaban dos siervos con sus caballos. Escipión montó en su caballo negro y se dirigió hacia la playa, precedido por los doce *lictores*, muestra de su rango proconsular, y seguido por Silano y sus seis *lictores* correspondientes. Una vez en la playa, tras echar un breve vistazo a las tropas, volvió a mirar hacia la ciudad. Un pequeño grupo de hombres, sin duda representantes de Emporion, se acercaba a ellos escoltados por media docena de hoplitas, soldados ataviados con yelmos helenos, corazas de lino y grandes escudos redondos que portaban lanzas. Más atrás, en las calles de lo que constituía el barrio

portuario de la ciudad, comenzaba a concentrarse una multitud que observaba en silencio a las recién llegadas tropas romanas.

—Marco Junio –dijo Escipión–, espero que los empuritanos nos cedan terrenos cerca de su ciudad para levantar el campamento; no me gustaría perder el tiempo enviando a uno de los tribunos a buscar un lugar adecuado. Tú vendrás conmigo a Emporion. Me temo que estamos obligados a visitar la ciudad. Creo que aprovecharé la visita para realizar un sacrificio a los dioses.

El general ordenó a su asistente que preparase la ofrenda que realizaría e hizo un gesto a Silano para que lo siguiera.

Los dos oficiales, precedidos por los *lictores*, que vestían sus túnicas rojas y portaban las *fasces* con las hachas insertadas, fueron al encuentro de los empuritanos y desmontaron, seguidos por varios oficiales; los de Emporion, en un latín bastante fluido, aunque con acento griego, declararon ser delegados de la asamblea de la ciudad, que le presentaba sus respetos, y se sentían orgullosos y honrados de recibir en su ciudad al general de Roma y a su ejército, aunque, a la vez que decían esto, miraban de reojo, con visibles muestras de recelo hacia los legionarios formados en la playa, con sus *pila*, sus grandes escudos ovales y sus cascos empenachados. Los legados hicieron numerosos regalos a Escipión, entre ellos numerosas piezas de cerámica de estilo ático, barnizadas en negro y profusamente decoradas, y le invitaron a visitar la ciudad, mientras uno de ellos era designado para guiar a uno de los tribunos romanos hacia un terreno adecuado para levantar el campamento.

—De acuerdo –dijo Escipión–. Me gustaría visitar el famoso templo de Artemis Efesia, del cual me han hablado en Massalia, y hacer allí un pequeño sacrificio para agradecer a los dioses que nos hayan favorecido durante el viaje.

—Pero, señor –dijo contrariado el que parecía ser el portavoz de los empuritanos, un anciano delgado de pelo cano y rostro bronceado que hablaba un rudo latín–, el templo de Artemis Efesia se encuentra en la Palaiapolis, que ahora no es más que una dependencia de la ciudad, y el templo es ahora un santuario... En la ciudad tenemos otros tres templos, consagrados a Asclepio, Higea y Zeus Serapis. Si no os importa y preferís acudir a uno de estos...

—Bien, tanto da –dijo Escipión encogiéndose de hombros tras cruzar una mirada con Silano–. Ofreceremos el sacrificio al propio Zeus Serapis. Guiadnos al interior de la ciudad.

Emporion se hallaba dividida en dos ciudades, separadas por un fuerte muro. En un lado, en la Neapolis, de tamaño reducido, vivían los helenos, y del otro lado del muro se encontraba la ciudad indígena, Indika, capital del pueblo de los indiketes, de mayor tamaño que la colonia helena. La Neapolis estaba rodeada por una muralla sencilla, de algo más de un cuarto de milla de perímetro, levantada con bloques de piedra poco labrados, grandes y desiguales, lo que daba a la ciudad un aspecto arcaico. Una sola puerta se abría en esta muralla, en el lado sur, un pasillo angosto flanqueado por dos torres cuadradas

y salientes, típico de las fortificaciones helenas. La muralla estaba fortalecida en el ángulo de unión de los dos lienzos por otra torre de mayor tamaño.

El grupo penetró en el barrio portuario, al norte de la ciudad, donde se realizaban las transacciones comerciales. Este distrito constituía la zona comercial y de viviendas de la colonia, mientras que la mitad sur de la ciudad estaba destinada a los edificios públicos. La calle principal dividía a la Neapolis en dos, y otras vías más estrechas desembocaban en ella. En poco tiempo se reunió en las aceras una multitud de curiosos que observaba y seguía en silencio al séquito. Este llegó pronto al ágora, por la que paseaban y conversaban varias personas, y en la que se alzaban varios pedestales y un pozo público, del que sacaban agua varias mujeres de rasgos helenos, vestidas con amplias túnicas que dejaban al descubierto sus brazos morenos. Escipión las miró un instante antes de volver a observar la plaza con atención. Varios niños jugaban allí. Además, varios adolescentes atendían las enseñanzas de un viejo maestro, sentados a su alrededor en una de las esquinas de la plaza. De norte a sur cruzaba allí a la calle principal otra vía importante, en la que se hallaba la *stoá*, que constaba de una amplia columnata doble y en cuyo fondo se encontraban las numerosas tiendas de los comerciantes helenos.

Siguieron adelante por la calle principal hasta llegar a la zona de entrada a la ciudad, seguidos por la multitud cada vez más numerosa. Allí, formando un conjunto separado del resto de la ciudad, se encontraban los templos, en una amplia plaza. A la derecha estaban los templos de Asclepio e Higea y un altar con gradas de acceso. El Asklepieion constaba de tres templos, además de otro edificio, un centro terapéutico y una hermosa estatua de Asclepio, dios de la medicina, que presidía el conjunto. Al otro lado de la plaza se alzaba el imponente templo de Zeus Serapis, edificado junto al propio lienzo de la muralla. El templo estaba aislado del exterior debido a los ritos íntimos que se realizaban en su interior. Se encontraba en el centro de una explanada rodeada por una hermosa galería porticada.

Escipión pidió a sus acompañantes que le esperasen fuera y se dirigió al templo. Contempló durante un rato el hermoso frontón, con el tímpano policromado y, tras quitarse con respeto el casco, penetró en la silenciosa penumbra del interior, seguido por un asistente que portaba a la víctima del sacrificio, un pequeño cordero blanco.

El joven general observó el templo silencioso. Dos largas hileras de altas columnas de estilo jónico conducían hacia una alta estatua de bronce que representaba al Señor del Olimpo. Escipión se acercó despacio a la figura iluminada por dos grandes lámparas. Medía unos diez pies de altura y representaba a Zeus, sentado sobre un trono de mármol, empuñando en su mano derecha un haz de rayos y sosteniendo en la izquierda un águila, su símbolo. Escipión se dio cuenta de que se trataba de una reproducción de la colosal estatua del padre de los dioses que se encontraba en el templo de Zeus en Olimpia. Dos

sacerdotes, ataviados con ropajes griegos y con la cabeza cubierta por sus mantos, oraban ante la estatua. Le miraron fugazmente, de reojo, y prosiguieron con sus plegarias.

El romano hizo lo propio hasta que aparecieron los dos sacerdotes encargados del sacrificio, quienes tomaron el cordero de manos del asistente, se acercaron al altar del templo y procedieron a la inmolación; tras asistir a la ofrenda al padre de los dioses, oró durante largo rato con los ojos cerrados pidiéndole que llevase a buen término la campaña que iniciaba ahora. Por fin, alzó la cabeza, contempló el rostro de bronce de Zeus, que parecía mirarle con una expresión severa en sus ojos de zafiro, se dio la vuelta y salió del templo.

Una vez que se reunió con el grupo que le esperaba en el recinto exterior del templo, Escipión rogó con cortesía a los empuritanos que le mostrasen el camino hacia el puerto y, una vez allí, se excusó amablemente alegando que se sentía cansado y le dolía la cabeza a causa del largo viaje por mar. Los empuritanos se sorprendieron y le rogaron que asistiese al banquete de bienvenida que habían preparado en su honor, pero el romano declinó la invitación e insistió en retirarse a su campamento cuanto antes. Los helenos se miraron entre sí sin comprender y, tras despedirse, se volvieron a sus casas, entre contrariados y ofendidos por el rechazo de su invitación por parte del joven general romano.

—Me aburren estos actos –le explicó a Silano una vez que los empuritanos se marcharon–. Espero que el enfado se les pase pronto. Al fin y al cabo, tengo que empezar a establecer alianzas con toda esta gente. Necesitamos aliados que nos abastezcan, ya que Roma no tiene suficiente dinero. Después entrarán en acción los *exactores*. Vámonos al campamento, tengo ganas de descansar en mi tienda.

Un joven tribuno les esperaba en el puerto acompañado por una *turma* de caballería, dispuesto a guiarles al lugar donde se encontraba el campamento, al oeste del puerto y al norte de la ciudad indígena. Los legionarios habían trabajado con su eficacia habitual, cavando los terraplenes y levantando con presteza la empalizada destinada a proteger las tiendas. Los centinelas ya se encontraban en sus posiciones y todas las tiendas estaban en pie. Escipión, seguido por Silano, se dirigió a su tienda, en el *praetorium*. Al llegar allí, le informaron de que los indiketes habían solicitado que el general recibiese a una representación suya, que ya le esperaba en una de las puertas del campamento.

Escipión suspiró con fastidio y se volvió hacia Silano, preguntándole con la mirada.

—Creo que debes recibirlos –sugirió el propretor–. Aunque no les concedas más que una pequeña entrevista. De todos modos, si lo prefieres, yo los atenderé, les diré que estás indispuesto y los despacharé rápido.

—No, hablaré con ellos en persona –decidió Escipión–. Tal vez se sientan ofendidos si no es el comandante en jefe quien les recibe, y no conviene tener indígenas descontentos a nuestra espalda mientras nos enfrentamos a los

púnicos. Ya he contrariado a los griegos, pero confío en que no sean demasiado rencorosos. Tribuno –ordenó volviéndose hacia el oficial–, que vengan hasta aquí esos indígenas; escoltadlos, pero que dejen sus armas a la puerta del campamento. Que no se sientan amenazados. Sacad mi silla curul y ponedla ante las enseñas del ejército.

El comandante romano se encargó de que el encuentro fuera breve; ni siquiera invitó a los indiketes a entrar en su tienda. Los indígenas se mostraron impresionados ante la figura severa de Escipión, ataviado aún con su armadura, y sentado muy recto en su silla curul delante de los *vexilla* y los *signa* de las legiones, plantados ante el *praetorium*. El joven general habló a los indiketes con palabras amables, recibió sus regalos con una amplia sonrisa y gran cortesía, les aseguró que, desde aquel momento, tanto su ciudad como Emporion estaban bien protegidas por el poder de Roma y no tenían nada que temer de ningún enemigo, pues las legiones les protegerían de cualquier clase de ataque. Con estas palabras y su sonrisa franca, eliminó, además, el resto de desconfianza hacia Roma que podía quedar entre los indiketes, que se volvieron a su ciudad calmados de manera visible.

Una vez a solas en su pabellón, Escipión se despojó del casco, la capa escarlata, la espada y la coraza, y se sentó cansado en su catre de campaña. Bebió un sorbo de vino diluido con agua de una copa de plata que se encontraba en la mesa baja junto al catre y pidió a su asistente que preparase algo para cenar.

Pocos minutos más tarde, cuando comenzaba a oscurecer, apareció Silano, vestido con una simple túnica, como solían vestir los legionarios cuando no estaban de servicio, a salvo en el interior de su campamento.

—Traigo vino de Massalia para la cena –dijo el corpulento oficial mostrándole un jarro de cerámica ática–. Mi asistente lo ha comprado a buen precio a un comerciante griego en Emporion esta misma mañana. Espero que te guste.

—Bien, probemos ese vino durante la cena –asintió Escipión–. Tiene buena fama, pero en Massalia era demasiado caro. Espero que no hayan engañado a tu asistente. Pero antes de cenar, he convocado aquí a los tribunos, los *praefecti* y los *primi pili*. Quiero explicarles mis órdenes para mañana y los días sucesivos. Quiero que todos los hombres sepan perfectamente lo que quiero que hagan.

Cuando se presentaron los oficiales en su tienda, Escipión los condujo ante una mesa de campaña sobre la que se extendía un mapa de la costa ibera.

—Mañana –les dijo señalando el pergamino–, a primera hora, partiremos hacia Tarraco, a más de ciento treinta y cinco millas de aquí. Estimo que la marcha nos llevará al menos unos seis días; no marcharemos demasiado deprisa. Avanzaremos en formación abierta, pues opino que nos encontramos en territorio aliado, aunque no termino de fiarme de esos indígenas. No sé si los pueblos que nos rodean son amigos o no; aunque afirmen que están de nuestro

lado, pueden cambiar de opinión si los púnicos se acercan demasiado al Iberus o les pagan bien. Por lo tanto, parte de los *extraordinarii* actuarán como exploradores hasta la llegada a Tarraco. Allí invernaremos a la espera de la primavera. Pero no esperéis que descansemos demasiado: durante todo el invierno, los legionarios se entrenarán con dureza. Quiero que las tropas estén preparadas para entrar en acción cuando llegue el momento de combatir, en cuanto mejore el tiempo y llegue la primavera. Quiero que esos veteranos, cansados de luchar y que aún recuerdan que los púnicos de Aníbal los vencieron una y otra vez, se conviertan en los mejores legionarios que Roma haya conocido. Quiero que odien al enemigo, que sólo deseen destruirlo, que sean capaces de enfrentarse a él sin dudar ni un solo instante de que lograrán la victoria.

Dicho esto, despidió a sus subordinados, a excepción de Silano, a quien invitó a cenar, y se sentó ante la mesa.

—Siéntate, Marco Junio. –Señaló un asiento al propretor–. Vamos a disfrutar de esta cena y de ese excelente vino de Massalia; creo que no volveremos a tener una cena tranquila hasta que lleguemos a Tarraco. Por cierto, ¿qué opinas de Nerón?

—¿Nerón? –Silano bebió un trago de su copa de vino mientras reflexionaba sobre la pregunta directa de Escipión–. Poco más de lo que se comenta en Roma sobre él. No está muy bien considerado por lo de hace años en Nola, a las órdenes de Marcelo, y sobre todo después de que dejase escapar a Asdrúbal cuando lo había tenido atrapado en un desfiladero.

—Sí, no estuvo muy acertado –repuso el general–. Sin embargo, no parece un inepto.

—Y tiene buenos amigos en el Senado –continuó Silano–. Lo nombraron propretor sin que tenga demasiada experiencia. Creo que muchos senadores tenían prisa por apartar a Séptimo de la dirección del ejército.

—Cierto –convino Escipión–. Hay mucha gente en Roma a la que le da miedo que las legiones nombren a sus propios generales.

—Ten en cuenta que si eso se tomase como costumbre, el poder podría caer en manos de generales demasiado ambiciosos. Debe ser el Senado quien nombre a los gobernadores de cada provincia.

—No lo niego, Marco Junio. Está claro que el poder debe seguir en manos del pueblo… a pesar del Senado. Has nombrado a Séptimo. ¿Qué sabes de él?

Silano alzó levemente las cejas mientras miraba a la comida. Parecía que el joven general tenía en cuenta las opiniones de sus veteranos subalternos. Comenzaba a gustarle aquel muchacho.

—Parece que las legiones de tu tío sabían a quién elegían como comandante. Supo contener a los púnicos y mantenerlos lejos del Iberus. Al Senado no le gustó demasiado que se autotitulase propretor en su informe de la situación aquí. Tampoco es que se estuviera coronando rey, pero seguro que hubiese caído mejor en Roma si hubiese omitido cualquier tipo de *imperium*. No

creo que sea nada inepto; podría serte útil, si es que Nerón no lo ha degradado a *optio*.

Escipión sonrió ante la ocurrencia del propretor.

—Coincido contigo en lo referente tanto a Nerón como a Séptimo. A Nerón lo veremos poco tiempo, pero puede que Séptimo nos sea útil. Conoce Hispania y a los púnicos. Y conocía bien a mi padre y, sobre todo, a mi tío Cneo. Si ahora es *optio*, lo rehabilitaré, pero no como propretor, claro. Será otra forma de agradar a las legiones.

A primera hora de la mañana se levantó el campamento. Al primer toque de corneta fueron recogidas con rapidez las tiendas de campaña de los oficiales superiores, y a continuación, los legionarios recogieron sus propias tiendas. Cuando los *cornicines* hicieron sonar de nuevo sus instrumentos, cargaron la impedimenta sobre las mulas y, al tercer toque, la vanguardia de las legiones comenzó a salir del solar donde se había alzado minutos antes un campamento romano.

Como Escipión había ordenado, las legiones avanzaron hacia el sur con los *extraordinarii* formando la vanguardia, excepto una tercera parte de ellos que marchaba por delante del ejército como avanzadilla. A los *extraordinarii* les seguían el *ala* derecha de las tropas aliadas y las dos legiones, y en retaguardia, el *ala* izquierda de los aliados. La caballería cubría los flancos del convoy de la impedimenta, que estaba situado entre ambas legiones. Escipión y Silano cabalgaban por detrás de los *extraordinarii*, seguidos por los *vexiliarii*.

El general miró hacia el oeste, hacia las numerosas colinas y los extensos campos que los indiketes ya estaban trabajando. Recordó la fama de los campos de lino de la colonia massaliota, y también contempló los extensos y famosos campos de esparto, que los griegos llamaban *Iounkárion Pedíon*. Más allá se alzaban las colinas pobladas de árboles frondosos, de un color verdeazulado en el aire límpido de la mañana. Tras ellas, Escipión casi podía adivinar cómo los montes iban dando paso a las primeras estribaciones de los Pirineos, que se extendían hacia el oeste. Escipión imaginó durante un largo instante la imponente mole de las montañas cercanas, preguntándose qué tipo de pueblos habitarían aquellos parajes, y si no constituirían una amenaza para el poder de Roma en aquel lugar. Volviendo la mirada al frente, decidió desechar aquellos pensamientos funestos y concentrarse en la marcha de sus tropas.

El día era cálido y despejado, y los soldados marchaban de manera fatigosa, sudando bajo la pesada impedimenta. Incluso los *velites*, cuyo equipo era más ligero que el del resto de los legionarios, se mostraban cansados bajo aquel calor, impropio del otoño, al que no estaban acostumbrados. Silano resoplaba con el rostro enrojecido y bañado en sudor. Se quitó el casco con un gruñido y se limpió el sudor con un pañuelo.